



**LAS
DUDAS
DEL
ABUELO
TOMAS**

SEGUNDA EDICION AMPLIADA

M. DOLORS FIGUERAS

ÍNDICE

3	La fuerza de las palabras.
6	La serpiente.
7	Los dos hermanos.
8	El aguacero.
10	El rascacielos.
10	La propiedad privada.
11	Fuegos de artificio.
12	Volver a las andadas.
13	El enredo.
14	¿ Quién es el padre de la criatura ?
15	Conclusión.
17	Segunda parte.
17	Jehová, Yahveh, Señor.
18	Las diez plagas.
21	El decálogo.
23	Las otras leyes.
24	Levítico.
26	Números y Deuteronomio.
27	Suma y sigue.
31	Bloc de notas.

LA FUERZA DE LAS PALABRAS

Las palabras poseen una fuerza extraordinaria. Cada una de ellas es capaz de traer a nuestra memoria un amplio abanico de conceptos e imágenes. Ciudades, villorios, personas, sucesos, colores, perfumes... asociamos, por ejemplo, el azul con el cielo o el mar, la miel con el color dorado de la dulce labor de las abejas, el blanco con la pureza de los lirios.

En ocasiones, cuando la definición de una palabra ha perdido su designación inicial porque el vulgo la ha convertido en despectiva, es preciso crear otra que, significando lo mismo, esté más de acuerdo con el respeto que nos merecen entidades y personas.

El diccionario dice con respecto a la palabra Religión: "Relación del hombre con lo divino", y añade que, a lo largo de milenios, han sido las religiones, dirigidas por hombres de todas las culturas y criterios, quienes amparados por la distinción que ellos mismos se otorgaron de ser ministros directos de la divinidad, han cometido atropellos sin nombre. Espoleados por un fanatismo sin precedentes, se han levantado creyentes contra creyentes. Los Hugonotes, seguidores de Calvino, en 1572 sufrieron una horrible matanza la noche de San Bartolomé a manos de los católicos. Aún hoy, Irlanda del Norte, es noticia de primera página, aunque se quiera suavizar aludiendo que existe un trasfondo político en la contienda entre católicos y protestantes. Esperemos que el sentido común ilumine las mentes de unos y otros.

Las llamadas guerras religiosas o santas son una indiscutible prueba de cuanto referimos. El hombre, el más minúsculo de los pigmeos, ha pretendido, dominado de descomunal orgullo, defender el Todo regando de sangre la tierra de quienes adoraban a otro Dios. Las cruzadas fueron una serie de expediciones militares a principios del segundo milenio, organizadas por los caballeros de la cristiandad occidental, bajo la dirección de la Santa Sede, con el fin de expulsar a los musulmanes de los santos lugares.

El papado determinó confiar la persecución de la herejía a tribunales inquisitoriales formados por dominicos, cuya jurisdicción emanaba directamente de Roma. Inocencio III organizó una cruzada contra los albigenses que condenaban la jerarquía eclesiástica, los sacramentos y la posesión de bienes materiales por parte del clero.

No es de extrañar, por tanto, que las religiones se hayan ganado los más tristes epítetos; intransigentes, intolerantes, crueles, sordas

al “no matarás”... Han demostrado una ceguera y una ignorancia sin nombre a la hora de interpretar el mensaje de los Maestros, y víctimas de mezquinas ambiciones de poder, han deslumbrado a los pueblos con la fastuosidad y las riquezas, sojuzgándoles al mismo tiempo con amenazas de muerte o anatema.

Anticientíficas hasta el tuétano, las religiones, no se han detenido ante nada cuando han creído que sus dogmas corrían el serio peligro de ser analizados racionalmente. Y han intentado silenciar esta amenaza abriendo procesos inquisitoriales, sustituyendo a la justicia, por el fanatismo, la intolerancia y la ausencia de amor.

El médico y teólogo español Miguel Servet, fue el primero que dio una idea de la circulación de la sangre, pero tuvo la osadía de negar el dogma de la Santísima Trinidad y, a instancias de Calvino, fue condenado a morir en la hoguera. En el año 1600 en Italia, igual suerte corrió Giordano Bruno por haber sostenido que el espacio es infinito y está poblado de estrellas tan grandes como el Sol. Y de todos es conocido que Galileo se libró de este suplicio tras abjurar de sus estudios y creencias. Creía que Dios se revela de continuo en la majestad de las leyes de la naturaleza. La ciencia es la lente que pone de manifiesto esas leyes y, como decía él, avanza sin cesar y no puede retroceder.

Durante largos siglos fue nocivo para la salud ser un librepensador. Quien se atrevía a exponer su criterio, era milagro que falleciera en el lecho de muerte natural.

Juan Huss en 1415 fue excomulgado y quemado como hereje, porque había predicado contra la corrupción de la Iglesia. Cayetano Ripoll, maestro de escuela español, fue condenado a muerte por hereje en Valencia, acusado de no creer en los dogmas católicos.

Era deísta y como tal admitía la existencia de Dios como principio y causa del mundo, pero afirmaba la imposibilidad de determinar su naturaleza, y negaba o ponía en duda la validez de la religión revelada. Le ahorcaron en 1824.

De vez en cuando seres sensibles al llamado del verdadero amor, han sido vivo ejemplo de altruismo y generosidad, pero no basta la total entrega de Teresa de Calcuta a los más pobres y enfermos de la India, para borrar y olvidar siglos de oscurantismo y horror. Ciertamente que las efigies de muchos mártires presiden los altares, sin embargo, el número de víctimas ignoradas, torturadas y condenadas a la hoguera, sin duda, es muy superior. Y habría que analizar además, si los procedimientos para evangelizar a los infieles fueron los más apropiados.

Todo se puede esperar de religiosos que con una tiranía sin parangón y amparados por el poder terreno, hayan tratado a sus hermanos como vasallos diciéndoles: no te atrevas a pensar, abdica de tus creencias, arrodíllate o muere.

Se nos dirá que todo esto queda lejos. Sí, pero es cierto, es la historia de los siglos, son los latidos que siguen marcando el ritmo de una grave anomalía, son voces que hablan a través de generaciones, del llanto y los quejidos de los condenados injustamente. Es la patente acusación contra épocas de barbarie.

La palabra Religión está tristemente adornada por tan nefastos acontecimientos. Estos están adheridos a ella y jamás podrá desprenderse de los mismos porque son su sombra. Siempre se recordará que en torno a ella ha crecido la peor de la cizaña: el afán de poder y la falta de amor.

Todos los años el mundo cristiano, llegada la Pascua, conmemora la pasión y muerte de Jesús. En el Sanedrín se reunieron el Consejo de Ancianos, Sumos Sacerdotes y Escribas, doctores e intérpretes de la ley, quienes movidos de fanático celo religioso, en un proceso que hoy llamaríamos sumarísimo, condenaron al más Grande Inocente.

Por lo expuesto creemos que debemos ser muy prudentes a la hora de asociar el vocablo Religión con el Espiritismo, una doctrina que descansa en unos cimientos de tolerancia, de estudio, de fe razonada, de altruismo y de crecimiento individual y colectivo.

La existencia de Dios y la inmortalidad del espíritu son realidades que los seres humanos necesitamos conocer imperiosamente. La ley de Evolución Espiritual a través de la ley de Reencarnación, son leyes naturales y divinas y corresponde, por entero, a la ciencia aseverar todo ello con respuestas concretas y convincentes.

La enseñanza de tales leyes no puede ser monopolio de la religión. Correríamos el grave riesgo, sin la menor duda, que las instituciones más poderosas o cualquier iluminado de turno continuaran presentándolas en un insostenible y oscuro amasijo de grandes verdades, criterios parciales e intolerancia sin fin, los sellos inconfundibles de todas las religiones.

“Día llegará que Dios será adorado en espíritu y en verdad”. Esta sentencia de Jesús de Nazaret nos habla del comportamiento que tendrá todo espíritu cuando haya progresado lo suficiente para reconocer y amar a Dios. Por ley natural también, conocerá y entenderá su obra, sentirá gratitud por la Vida que le debe y amará a todos los

seres de la Creación, porque albergando dentro de sí el Amor no precisamos de otras directrices.

Estimamos que debemos conceder al abuelo Tomás el legítimo derecho a la duda y la absoluta independencia para expresar su criterio.

LA SERPIENTE

Génesis 3

Hacia un buen rato que el abuelo Tomás estaba sentado al lado del fuego con aquel libro de cubiertas negras, papel extremadamente fino y tamaño de letra muy pequeña. Movía la cabeza de izquierda a derecha reconociendo que no entendía esa historia.

Al parecer aquella pareja vivía feliz en el paraíso, pero la serpiente, un raro ejemplar con el don de la palabra, tentó a la mujer para que comiera la fruta del árbol del bien y del mal.

¿Qué fruta sería? ¿Una manzana, una pera, una algarroba?. No importa, el resultado por lo visto es el mismo.

A la mujer, como siempre le tocó roer el hueso más duro, como parir los hijos. Puede que se lo ganara por ingenua. ¡Mira que fiarse de una serpiente!... claro que tampoco es para hacer tantos aspavientos. A la joven no le hubiera ido nada mal un poco de sabiduría ya que demostró carecer de ella, cosa por otra parte nada extraña dado que fue creada, (no había nacido y por eso le faltaba el ombligo) en el bello paraíso. La pobre huérfana no pudo contar con los consejos de una madre que la pusiera al tanto de los peligros que puede correr una joven inocente, ni tampoco pudo tener acceso a ningún colegio...

Sólo la experiencia propia es la mejor maestra. ¿Qué sabía la parejita que nació y vivía en el Edén, del sudor del trabajo, enfermedades, alumbramiento doloroso y de la muerte? ¿Podían entender algo que desconocían?. De atenuantes por su comportamiento, desde luego que les sobran. Parece ser que unos querubines provistos de una espada de fuego, guardaban el camino que conducía al árbol de la vida. Poco les debió costar mantener fuera del huerto paradisíaco a dos seres amedrentados, desarmados y avergonzados de su desnudez.

Todos estos hechos, a nosotros, los desterrados hijos de Eva, todavía nos están jorobando y por cierto, de una manera bien poco equitativa ya que si uno es el pecado original, las consecuencias no son las mismas para todos.

A las serpientes, de hecho, tampoco les van las cosas muy bien, pues al primer descuido que tienen las convierten en ungüentos y pomadas y su piel adorna los pies de las señoras en forma de zapatos.

El abuelo Tomás volvió a mover la cabeza. No es que se cuestionara la existencia de Dios, eso no, pero era incrédulo y analítico por naturaleza...

La primera parte del libro titulado "EL ANTIGUO TESTAMENTO", tiene tres mil años de antigüedad y el abuelo Tomás pensaba que sus autores no eran merecedores precisamente de un premio de narrativa dada la poca claridad en exponer conceptos y menos si se ha disfrutado leyendo las obras de Platón, por ejemplo...

Eran las ocho de la tarde, hora de cenar en aquella casa. Otro día ya volvería a repasar el libro.

LOS DOS HERMANOS

Génesis 4

El abuelo Tomás leía detenidamente todo lo que hacía referencia a los dos hermanos. Fueron los primeros, nunca antes había habido dos personas con ese parentesco. Los hermanos tenían diferentes oficios. Caín cultivaba las tierras como buen labrador; y Abel pastoreaba sus ovejas. El primero, satisfecho y vanidoso se dedicó a llenar una cesta de manzanas, zanahorias, olivas, lentejas y otras viandas para ofrecérselas a Dios, quien en verdad no le hizo mucho caso. Su hermano Abel escogió un buen cordero como regalo y vete a saber como se las ingenió, el caso es que cayó en gracia, puede que fuera el olor de la carne a la brasa que se extendió por encima de las montañas... Caín al ver el poco éxito obtenido se tornó triste y marchito ya que él no tenía nada más que ofrecer. Para su hermano Abel todo eran caricias y atenciones.

El abuelo Tomás recordó que con los niños se ha de ir con mucho cuidado para no herir su dignidad y siempre es de agradecer que quieran obsequiar al abuelo con algo que ellos le tengan mucho cariño. A él, Jorge siempre le traía luciérnagas en una caja de cerillas... y Juan le guardaba todos los cromos repetidos que salían en el chocolate de la merienda.

Los celos llenaron el corazón del primogénito Caín al sentirse rechazado y en un desdichado arrebató dio muerte a Abel.

¡Pues sí que empezamos bien!. ¡No se puede dar un ejemplo así!

L A S D U D A S D E L A B U E L O T O M A S

Caín no tardó en darse cuenta de la barbaridad cometida con su hermano y no dejaba de quejarse de su infortunio, temiendo a su vez que alguien pudiera acabar con él. ¿Alguien, pero qué clase de enredo es éste? ¿No habíamos quedado que solamente estaban sus padres en el mundo? ¿Y de quién lo tenía que proteger Jehová poniéndole una señal?.

De hecho no fue mala idea, porque Caín enseguida encontró una jovencita que no se molestó en preguntar ni quien era ni de donde venía, durmieron en la misma cama, y les nació un hijo, Enoc. Entonces Caín decidió edificar una ciudad.

¡Caramba sí que debían estar anchos!.

Vaya, esta sí que es buena. Ahora dice aquí que por fin nace el tercer hijo, de nombre Set, de aquella pobre pareja que perdieron el paraíso por escuchar la voz de la serpiente. . .

El abuelo Tomás sopló fuerte las hojas que leía, eran tan finas que se debían haber pegado unas con otras, algo no iba bien, parecía que faltaba una parte del libro. En algún otro lugar debería explicar cuando fueron creadas las otras parejas, también sin ombligo, amarillas, cobrizas, negras...

Su esposa Marta, visiblemente enojada le gritó:

—Tomás, la bombilla de la bodega se ha fundido. Deja el libro y descansa de tanta lectura. Veremos si al final no acabarás como D. Quijote.

EL AGUACERO

Génesis 7

Cuando el abuelo Tomás se enfadaba arrugaba la frente. Y ahora estaba enfadado de verdad. ¿Pero quién fue el mentecato que escribió todo esto? ¡Qué poco respeto!. Veamos, reflexionemos, no seamos irreverentes. ¿De qué Dios hablamos?. ¿De la Causa primera, creador del Universo?. ¿De Dios, suprema inteligencia, único, eterno, inmutable, omnipotente, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones, porque si no fuese infinito en todos sus atributos, significaría que podría ser superado y por lo tanto ya no sería Dios?. ¿O bien del Dios que el hombre ha creado, a su mezquina imagen y semejanza, de ese «Dios» que en un momento de inconcebible cólera se enfada y patalea como cualquier mortal?.

Que el hombre y la mujer no somos perfectos ni mucho menos, es bien sabido, al contrario, somos seres muy limitados, cargados

hasta el gorro de defectos, los mismos que en nuestra ignorancia siempre hemos atribuido a Dios. Eso sí, aquí sí que somos generosos. ¿Nosotros tenemos mala uva, poca paciencia?. Pues Él tiene siete veces más. Parece que su rencor se ha de igualar a su poder y cuando a Dios se le acaba la paciencia ya nos podemos poner a temblar. ¡Basta de este color!. Está arrepentido de haber creado la raza humana de tan defectuosa que le ha salido y avisa a Noé que enviará un aguacero a la tierra que quedará todo inundado. ¡Qué trabajo le cayó al pobre Noé! La tarea más laboriosa no fue construir el arca, no, los quebraderos de cabeza comenzaron a la hora de llenarla. Había que pensar en la comida que necesitarían él, su familia y todos los animales durante aquellas largas vacaciones, un extraordinario crucero que duró un año y un día. Los elefantes hicieron tambalear el arca en el momento de entrar; las jirafas tuvieron que inclinar la cabeza porque tocaban el techo, los monos se balanceaban con las colas de los asnos y camellos, los patos se escapaban en bandadas, los gatos hacían fú a los perros y perseguían a los ratones... Llovió durante cuarenta días y cuarenta noches hasta que la cima de la montaña más alta desapareció bajo el agua. Todos los seres vivientes de la tierra murieron. Nada más Noé y su familia, incluidos los animales que llevaba, se salvaron del aguacero...

El abuelo Tomás se rascó la cabeza. ¡Mira por donde, ya volvemos a empezar!. Estamos de nuevo a cero. Y ahora qué ¿irá todo sobre ruedas?.

No os lo creáis. Ya se ha visto que nada más en este siglo los humanos nos hemos enfrentado de manera nada humana en dos monstruosas guerras mundiales, sin contar las que nosotros llamamos civiles y que son lo bastante bárbaras para que pongan los pelos de punta a los más valientes. Lo más extraño es que Dios no pudiera prevenir las consecuencias de sus decisiones y como Él no puede equivocarse, queda bien demostrado que el autor del Génesis fue un hombre, un hombre tan bobo como para pensar que Dios es un pastelero que a veces pone demasiada leña al fuego y se le queman los pasteles.

El abuelo Tomás recordó que había dos tejas rotas en el tejado. Las tendría que cambiar por si le diera por llover.

El abuelo Tomás lo sabía desde hacía mucho tiempo. El orgullo y la ambición del hombre casi siempre suben tres palmos más que él.

Naturalmente que a veces la ambición es noble, sana. Aquel pueblo estaba muy unido, hablaba la misma lengua y siempre había consenso cuando se trataba de aportar mejoras para la comunidad, así que a todos les pareció bien edificar una nueva ciudad con una torre tan alta que llegara al cielo. Dios creyó de buena fe que lo conseguirían y antes de que se amontonasen los ladrillos demasiado, los confundió con diversas lenguas a la vez. ¡Qué desbarajuste!

—Joven, acércame la maza.

—Aquí tiene el agua.

—Más ladrillos, Jafet.

—¿Una cuerda necesitas?.

Así se inventó el problema de los idiomas. Tan fácil que lo teníamos y aún hoy día perdura la guerra de las lenguas porque cada uno quiere la suya. Por suerte a nosotros no nos pasa eso de la Torre de Babel, no, de ninguna manera. Podemos edificar los rascacielos que deseemos sin que se nos entorpezca la lengua. Los americanos, incluso, han elevado muchos cohetes al espacio y a pesar de que algunos les han fallado, han conseguido llegar a la luna y plantar allí su bandera. Este es otro problema que todavía no hemos resuelto, las banderas y las fronteras. ¡Válgame Dios qué cúmulo tenemos!.

Su esposa Marta desea ir tres días a la playa con la hija y los nietos. Volverá colorada como una gamba, hecha polvo de cansada, pero satisfecha. Él mientras tanto, aprovechará para continuar la lectura del famoso libro que tanto le apasiona.

LA PROPIEDAD PRIVADA

El abuelo Tomás suspiró profundamente. Eso de la propiedad privada y la esclavitud, no es nada nuevo. Viene de lejos. El Abram del Génesis era todo un potentado, tenía tierras, plata y oro. Además, se ve que en un viaje a Egipto el Faraón puso sus ojos en Sarai, esposa de Abram creyendo que ambos eran hermanos, tal como ellos mismos habían dicho. El hombre, ignorando que deseaba la mujer de su prójimo, decidió recompensar a Sarai sus «favores» con ovejas, vacas, asnos, sirvientas y sirvientes, camellos, etc, pero por otro lado lo pagó más caro todavía. A Dios este triángulo amoroso no le agradó

lo más mínimo y para castigarlo decidió enviar tantas plagas a Egipto que el Faraón atemorizado llamó a Abram para decirle que se podía llevar a su Sarai junto con todos los regalos que se había ganado.

¡Caramba qué negocio más redondo era la esclavitud!. Para los amos, naturalmente, porque los pobres esclavos sólo tenían por patrimonio mucho trabajo, malos tratos, poca comida y camastro de paja... Suerte que todo eso lo dejó sin efecto el otro Abraham, el Lincoln de América.

Cuando Abram tenía noventa y nueve años, Dios decidió ir a verle para hacerle un montón de promesas. Desde aquel día hasta el nombre le fue alargado. Desde entonces le llamarían Abraham. El patriarca recibió también todo el país de Canaan donde vivían como emigrantes. Los nacidos en aquellas tierras pronto aprendieron aquel refrán que dice: “huéspedes vendrán y de casa te echarán”. Pero Dios no estaba dispuesto a pactar con su escogido sin recibir nada a cambio, de forma que como signo de una alianza perpetua, exigió la circuncisión de todos los varones, esclavos o no, de la casa de Abraham y toda su descendencia por los siglos de los siglos. Abraham, obediente como siempre, cumplió el deseo de Dios y como aquel que marca un rebaño de ovejas, dejó a sus parientes bien cascados por unos días...

El abuelo Tomás se removió en la silla inquieto y encogido y cerró el libro. Caía la tarde y decidió salir a tomar el fresco.

FUEGOS DE ARTIFICIO

Génesis 19

A veces Dios tenía que acercarse a la tierra para ver de cerca la gravedad de la situación, a juzgar por el clamor que le llegaba.

Sodoma y Gomorra hacían cosas muy feas y Él no estaba dispuesto a tolerarlas. Abraham, acongojado, intentó disuadirlo de sus intenciones y durante un rato hizo uso de un regateo digno del mejor comerciante.

La cuestión era que si entre los pecadores se encontraban cincuenta, cuarenta, treinta, veinte o tan sólo diez justos, Dios no destruiría las ciudades. Parece que no fue así. Solamente Lot y su familia eran justos, y no del todo y unos ángeles los acompañaron hasta la ciudad de Sóar. Al instante, el Señor hizo llover del cielo azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra no dejando nada en pie. ¡Qué carnicería!. ¿A quién se le puede ocurrir encender un castillo de fuegos tan peligroso?.

L A S D U D A S D E L A B U E L O T O M A S

A la esposa de Lot por curiosa y desobediente Dios la castigó convirtiéndola en una estatua de sal.

El abuelo Tomás sonrió. ¡Si ahora a nosotros nos tuvieran que enviar fuego desde el cielo!. Eso del sexo ya dicen que es muy complejo.

Bien mirado, a Abraham no le iban tan mal las cosas, se labró el porvenir con la colaboración de su mujer y el Faraón, y también Abimélec, creyendo el cuento de que eran hermanos, le regaló ovejas, vacas, esclavos y esclavas y mil piezas de plata. Aunque esta vez Abimélec se quedó con la caña sin el pez, pues antes de que tocara a Sara, Dios se apareció en sueños al Rey amenazándole de muerte si no entregaba la mujer a su marido.

Sin duda es más fácil advertir que castigar. Al pobre Faraón nadie le avisó del peligro que corría al fijarse en ciertas mujeres y le cayeron garrotazos por todos lados. Eso no es justo. Tenía derecho a pedir indemnización por daños y perjuicios...

VOLVER A LAS ANDADAS

Génesis 22

Se ve que Dios tenía bien arraigada la idea de que lo halagaran con ofrendas y sacrificios. Parece que se embelesaba viendo el espectáculo de los pobres animales degollados y no podía pasar sin saborear el olor del holocausto. La experiencia de Caín y Abel no fue lo bastante aleccionadora...

El abuelo Tomás se dio cuenta de que, una vez más, estaba juzgando a Dios. Bien, no era exactamente así. Todas estas historias las había narrado un pobre bobo que retrataba a Dios según las grandes limitaciones humanas. Por ejemplo, Dios no conocía hasta donde llegaba la obediencia de Abraham y para probarlo le dio un tremendo susto diciéndole que sacrificara a su único hijo Isaac. Eso de «hijo único» se tendría que comentar. Abraham tenía otro hijo mayor que Isaac, con la esclava egipcia, Agar. Ese hijo, Ismael, era fruto de un adulterio y por lo tanto considerado ilegítimo... Queda por lo tanto bastante claro que en este sentido, el Génesis no ha pasado nunca por la censura eclesiástica, pues incluso comenta la desvergüenza de las hijas de Lot, que emborracharon a su padre para poder fornicar con él y quedarse embarazadas. No, la Iglesia no ha recortado esa parte de la Historia, puede que no le haya parecido nada importante. A la Iglesia le ha dado más miedo el criterio de personas que han utilizado el estudio, la razón y el sentido común para analizar qué es

L A S D U D A S D E L A B U E L O T O M A S

Dios y qué no puede ser. Por eso hay tantos grandes pensadores en los índices de obras prohibidas por el clero. Si de veras el Vaticano creyese que tiene toda la verdad, ¿de qué podría tener miedo? ¿Qué razonamiento puede elevarse más que la verdad?.

El abuelo Tomás hojeó el libro hasta encontrar el salmo cuarenta y con expresión de triunfo en el rostro, leyó:

“Tú me has dicho al oído que no quieres oblacones ni sacrificios, que no pides holocausto ni expiación”.

Después el buen hombre cerró los ojos y recordó lo que Jesús nos dijo:

—“Id a aprender que quiere decir eso de: Lo que yo quiero es amor y no sacrificios”.

Ante el fascinante atractivo de este mandamiento, el abuelo sonrió.

Dentro de sí sentía una gran paz. La paz que trae el Amor por el huérfano, por el enfermo, por el hambriento, por el desvalido...

EL ENREDO

Hacía calor y el abuelo Tomás no podía dormir, además continuaba pensando en aquel enredo de la Creación. Era como una madeja enredada y no sabía como encontrar el cabo.

El Génesis dice que «Dios creó al hombre a imagen suya»

¡Vaya, ya estamos otra vez!. ¿Cómo se explica, pues, que el hombre y la mujer hayan salido tan defectuosos? Porque de taras no es que tengamos pocas. Y no es porque una persona sea zamba, otra jorobada y otra tuerta. No, eso es lo de menos. Estos defectos sólo molestan a quienes los padecen. Son las otras taras, las miserias morales, las que semejantes a un mal aire, se extienden como un azote. Viendo las noticias en TV nos enteramos cada día de crímenes de todas clases, violaciones, raptos, malversaciones del dinero público, hurtos de todo tipo, etc y todo eso sin contar las guerras donde los hombres de un mismo país, por no repartirse unos terrenos, se reparten todos los garrotazos que pueden, hasta calentarse de lo lindo.

¿Qué o quién es el responsable de tantas desgracias que padecemos los desterrados en este valle de lágrimas?. Siempre llueve sobre mojado. ¿Por qué nos caen tantas tribulaciones? ¿Cuál es el origen del mal?.

La culpa, dicen, que viene de aquella pareja de jovencitos inocentes que se dejaron engatusar por la serpiente. Pero por más que la Iglesia aconseje limpiar la mancha a los recién nacidos, de aquel maldito pecado, no vemos que la tal colada mejore en nada el comportamiento humano.

Claro que también podemos cargar el muerto al demonio. Es una buena solución cuando no se encuentra una explicación lógica. Fue un gran invento eso del diablo. Su figura durante siglos tuvo atemorizada a media humanidad. Y es lógico, el diablo se acerca a los posibles pecadores, les sopla en la oreja y los impulsa a cometer toda clase de maldades. ¡Desgraciado el que cae en sus redes!. Si tiene el alma sucia, por no haberse confesado, y se muere mientras duerme, ya está listo. Caer de cabeza al infierno, condenado eternamente a achicharrarse sin quemarse y sin la posibilidad de pedir la revisión de su caso.

Lo más triste es que todavía hay un gran número de personas que necesitan un buen oftalmólogo para que les abra los ojos y se pudieran preguntar de donde ha salido el maligno.

El abuelo Tomás no tendría más de quince años cuando ya buscaba el ascendiente de aquella pesadilla llamada Lucifer. Ahora recordaba que vivió un tiempo pensando y, entre boquiabierto y divertido, llegó a sacar unas conclusiones bastante acertadas.

¿QUIÉN ES EL PADRE DE LA CRIATURA?

Llegado a este punto de reflexión, el abuelo Tomás se detuvo, no podía excluir del rompecabezas la idea de Dios, pero por reverencia a Él, al mencionarlo en su análisis mental, lo haría en minúscula.

Vamos a intentar aclararnos. El Génesis no habla de la creación de la milicia angélica, se ve que ya estaba hecha. También parece que salió un poco defectuosa, eso sí. Un ángel presumido, orgulloso y burro, se obstinó en hacerse el amo del cielo y quisquilloso y con muchos aspavientos contra quién mandaba más, consiguió que unos cuantos cabezas calientes se le unieran en el motín. Al mandamás no le gustó nada lo ocurrido y decidió enviar al infierno al ángel caído, cabecilla de una cohorte de infelices. ¡Y ya está liada!. El bien y el mal, el blanco y el negro y enreda, que nadie lo podrá desenredar.

Cuando dios creó la corte celestial, es de suponer que los creó perfectos. ¿Cómo fue posible que se rebelaran?. Si eran perfectos no podían tener defectos, y si dios sabía que aquellas cabezas huecas

nos tenían que complicar tanto la vida, se podía haber ahorrado el trabajo de crearlos. ¡Qué tranquilos habríamos estado!, pero se ve que eso le pasó por alto y para deshacerse de unos elementos que alborotaban el gallinero, dios no tuvo más remedio que enviarlos al infierno.

¡Un momento!. Y el infierno, ¿quién lo hizo, quien lo sostiene y quien lo alimenta?. No se puede creer que dios hubiese discurrido tal necedad. Nosotros, pobres y débiles mortales, por un sólo resbalón podemos caer en las fauces del demonio; en cambio él tiene el privilegio de hacer los males que quiera y nadie jamás lo juzgará.

No sabemos si los diablos se reproducen como los hombres y las mujeres. Si no es así, todavía son cuatro pelagatos que no han podido ampliar la plantilla y por lo tanto no deben dar alcance a la hora de tentar a los miles de millones de habitantes de este “paraíso”.

Esta ridícula historia sin pies ni cabeza, demuestra que dios no es perfecto ya que no ve más allá de su nariz. Crea unos seres sin poder preveer sus reacciones y cuando se sublevan es incapaz de hacerles entrar en razón.

No es nada extraño encontrar tantas personas que no se traguen la historia. Es el resultado de una idea absurda y contradictoria. Ninguna otra doctrina ha creado más indiferentes. No se puede confiar en un padre tan poco sensato y con tan poca visión de futuro.

CONCLUSIÓN

La esposa del abuelo Tomás había avisado que volvería de la playa al final de la tarde. Muy de mañana el abuelo Tomás regó el jardín, sin prisas. Dejó que el agua, como una lluvia suave y menuda, cayera sobre las plantas igual que una tierna caricia.

La Naturaleza, con elocuente mensaje, nos habla incesantemente de renovación, porque todo en ella nace, muere y revive...

El abuelo Tomás cerró los ojos y respiró profundamente. Intentó imaginarse una galaxia inmensa y magestuosa, trasladarse por el no menos inconmensurable espacio siguiendo unas leyes de perfecto orden. ¡Orden!, ¡Previsión!, ¡Solicitud paterna!!. ¿Y los seres humanos no participaremos de esta armonía y sabiduría? ¿Cuál es nuestro destino?

Durante siglos, diferentes doctrinas han convertido en dogma de fe, que el pecado de desobediencia de Adán y Eva es el origen del sufrimiento humano, aseguran también, que en la tierra se vive una

sola vez y al final estamos destinados, irrevocablemente, a gozar de una bienaventuranza perdurable o padecer una condenación eterna. Nos resultaría muy difícil encontrar una explicación más carente de lógica y equidad, teniendo en cuenta la diversidad de situaciones, conocimientos y tiempo de que dispone el ser humano en su estancia en este mundo.

Las religiones que todavía se proclaman depositarias de una pretendida verdad absoluta, se ven obligadas, por la fuerza de la crítica sana y la razón, a no hablar de importantes conceptos, hasta hace bien poco, como son el limbo y el infierno. Rectificar es de sabios, es cierto, pero, cuando se tiene que rectificar algo, quiere eso decir que se estaba equivocado.

El aire llevaba lejos ese olor tan agradable de tierra mojada.

El abuelo Tomás volvió a respirar, su rostro estaba animado por una sonrisa de triunfo. Nada de misterios, nada de rompecabezas. Hay sólo una respuesta para todas las incógnitas. ¡Es la ley de la REENCARNACIÓN, Ley de Amor, de Equilibrio y de Justicia!. Una ley que no tiene nada que ver con la metempsicosis o transmigración de las almas. Una ley limpia de todas las limitaciones que la ignorancia de los humanos le ha atribuido.

La reencarnación nos hace a todos hermanos y herederos de la Bondad Divina. La plena bienaventuranza que llegaremos a gozar, es el mérito y el fruto del libre esfuerzo empleado en el propio trabajo.

El abuelo Tomás la noche anterior había releído: “¡Ay de tí, devastador nunca devastado, traidor todavía no traicionado!. ¡Cuando acabes de devastar y de traicionar, tú serás el devastado y el traicionado!” (Isaías, 33,1) y también aquella sentencia de Jesús: “Nadie podrá ver el reino de Dios si no nace de nuevo” (Jn.3,3).

Encima de la mesa de la salita, abiertos todavía, había dos volúmenes, “La Biblia” y “El Libro de Los Espíritus” de Allan Kardec..

Éste último reafirmó: “Nacer, morir, renacer y progresar siempre; esta es la ley”.

*Texto traducido del original en catalán.
Igualada 1997*

SEGUNDA PARTE

El abuelo Tomás sonrió divertido al recordar la noche de fin de año. En contra de crédulos y fantasmagóricos, todo había transcurrido igual que siempre. Marta, su mujer, como cada año, se atragantó con las dichosas uvas. Con el rostro rojo, casi amoratado, gruesos lagrimones corriendo por las mejillas, mientras un acceso de tos la sacudía y Tomás intentaba ayudarla dándole palmadas en la espalda.

El año 2000 apareció en el escenario de miles de mortales, barriendo los cuatro guarismos del calendario. ¿Qué tiene de especial el 2000? nada, distinguimos un determinado año por estar marcado por unos acontecimientos más o menos relevantes, logros científicos, catástrofes naturales, el estallido devastador de las guerras...

La historia de los siglos, evidentemente, está escrita por los moradores de la Tierra, nosotros somos los únicos artífices. El tiempo no se inmuta, es paciente, puede contenerlo todo. El tiempo es la panacea que cura cualquier equívoco, porque de su mano podemos desandar los caminos más escabrosos para proseguir una nueva ruta, con menos escollos, con la sabiduría que confiere la experiencia.

Durante tres años, el abuelo Tomás se ha visto limitado por una grave enfermedad, pero en la actualidad siente que un renovado vigor le impulsa a continuar el estudio del Pentateuco. Su hija le obsequió, meses atrás, con una Biblia en tres volúmenes y letra grande, así como una buena lupa para poder cotejar los textos con otras ediciones, además dispone de unas gafas recién graduadas. Armado de tal manera y con el sano intento de cazar más de una contradicción, se enfrascó en la lectura del Exodo.

JEHOVA, YAHBEH, SEÑOR

Estos son los nombres con los cuales se pretende designar a Dios, en diferentes versiones del Antiguo Testamento. El abuelo Tomás piensa que Jehová tuvo una peculiar manera de revelarse al género humano.

Moisés perseguido por el Faraón, acusado, y no injustamente, de haber dado muerte a un egipcio, se refugió en el país de Madían. Allí casó con Séfora, la hija del sacerdote Jetró.

Un día Moisés llevó su rebaño de ovejas más allá del desierto, llegando hasta Horeb, la montaña de Dios. En aquel lugar se le apareció el ángel de Jehová en forma de llama de fuego, en medio de una

zarza que no se consumía, y curioso, quiso saber la causa de aquel prodigio. Cuando vio Jehová que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza... Moisés se cubrió el rostro porque temía ver a Dios.

En este primer contacto Jehová hace saber a Moisés “que conoce los sufrimientos de su pueblo, los israelitas, en manos de los egipcios, y ha descendido para subirles a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los jevitas y de los jebuseos”. (Parece que Jehová tenía ojeriza a esta media docena de pueblos).

Y Moisés quedó designado para sacar de Egipto al pueblo de Dios. El pobre calculó la tarea del difícil mandato y preguntó a Jehová cómo lo conseguiría. Éste conocía mil argucias para doblegar a Egipto y poquito a poco iría mostrando al Faraón quien era el más fuerte, enviándole duros castigos.

Moisés, por tanto, provisto de su maravillosa vara, capaz de convertirse en culebra o trocar el agua en sangre, se presentó ante el rey de Egipto para decirle: “El Dios de los hebreos nos ha encontrado; iremos pues, ahora, camino de tres días, por el desierto, y ofrecemos sacrificios a Jehová nuestro Dios, para que no venga sobre nosotros con peste o con espada”.

Pero el Faraón no estaba de monsergas, nada de vacaciones para sus siervos, y exigió que la producción de ladrillo no menguara.

Difícil lo tenían los pobres israelitas y egipcios para salir de aquel barullo, porque Jehová se propuso, de antemano, endurecer el corazón del Faraón para que no claudicara a la primera torta.

LAS DIEZ PLAGAS

Moisés continuó ejerciendo de intermediario entre Jehová y el Faraón. Las intenciones de Jehová no le eran desconocidas, pues desde un principio le había anunciado que de tal suerte endurecería el corazón del Faraón que “no os escuchará, para que así yo pueda multiplicar mis prodigios en la tierra de Egipto”.

¿Prodigios?, pensó perplejo el abuelo Tomás, él lo llamaría gartazo limpio con alevosía y premeditación. Veamos.

En la primera plaga, Jehová mandó a Moisés encargar a su hermano Aarón que, provisto de su cayado, extendiera la mano sobre las aguas de Egipto, canales, ríos, lagunas, depósitos de agua y se convertirían en sangre... ¡Suculento festín para vampiros!

La propuesta de la segunda plaga era que si el Faraón “no deja salir a mi pueblo para que me dé culto, infestaré de ranas todo el país”. El río bullió de ranas y entraron en todas las casas y los campos. Los atribulados egipcios las juntaron en montones con no poco esfuerzo y perjuicio de sus narices por lo mucho que apestaban.

Por orden de Jehová, Aarón golpeó con su cayado el polvo de la tierra, que se convirtió en mosquitos. Nubes de molestos mosquitos cayeron sobre hombres y ganados en la tercera plaga. Los magos de la corte del Faraón dijeron: “¡Es el dedo de Dios!” Pero su corazón, previamente endurecido, se mantuvo en sus trece y no dejó partir a los israelitas.

Los egipcios tenían la cara cual de haber sufrido el sarampión, cuando se vieron azotados por la cuarta plaga. Esta fue más aleccionadora y espectacular. Jehová reivindicó su derecho a que su pueblo le diera culto en el desierto y si el Faraón no accedía, enviaría enjambres de tábanos, provistos de sus peligrosos dardos, sobre los ya maltrechos habitantes de Egipto. Esta vez además, señaló que exceptuaría “la región de Gosén donde está mi pueblo, para que allí no haya tábanos, a fin de que sepas que yo soy Jehová en medio de la tierra; haré distinción entre mi pueblo y el tuyo”.

El abuelo Tomás desaprobó el texto rotundamente. Los ingredientes de la discriminación son el orgullo, la falta absoluta de tolerancia y, por descontado, la ausencia de amor. El ser discriminado no puede entender que se le margine por el color de su piel, la lengua que habla o el lugar que ocupa en la escala social; y no aceptará tampoco que se califiquen de inferiores a su Profeta y a su Dios.

¿Ignoraba este importantísimo detalle, Jehová? ¿Acaso no pudo prever que si designaba a Israel como su pueblo, la vanidad hincharía igual que un pavo a quienes se supieran sus escogidos, en detrimento de las otras étnias? ¡Pésimo ejemplo es este! Pero la cosa no se detuvo ahí.

Continuó la misma cantinela: “Deja ir a mi pueblo para que me sirva, de lo contrario mandaré una gravísima peste sobre tus ganados del campo, caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas”.

Jehová cumplió su palabra, ningún animal quedó con vida, excepto el ganado de los hijos de Israel, en la quinta plaga.

El Faraón tenía los sentidos alterados, y su tozudez alimentada por Jehová, no tuvo parangón, pues su debilidad humana no podía competir con la fuerza de un “dios”. Indudablemente el desequilibrio era patente en aquella inconcebible contienda.

Por encargo de Jehová, Moisés lanzó hacia el cielo, dos grandes puñados de hollín de horno que se convirtió en polvo fino sobre todo el territorio de Egipto, formando erupciones pustulosas en hombres y ganados.

El abuelo Tomás pensó que se necesita una mente retorcida para enviar una plaga así; parece un ensayo de las guerras bacteriológicas que la barbarie humana podría desatar.

La séptima plaga consistió en la peor granizada de la historia. En esta ocasión Jehová recomendó al Faraón que pusiera a salvo su ganado y cuanto tuviera en el campo, porque no escatimaría ingredientes a la hora de mandar la granizada. Truenos, rayos, granizo y lluvia en generosa abundancia, menos en la región de Gosén. El granizo machacó hombres, ganados, destrozó cosechas y quebró árboles.

¡Asombroso! ¿No habíamos leído que la quinta plaga mató todos los animales del pueblo egipcio?

No había tregua ni descanso para el maltratado pueblo egipcio. Hasta los siervos del Faraón pidieron clemencia para librarse de la ruina. El rey, que no era tonto, mandó llamar a Moisés y Aarón para cerrar un trato con ellos. Impuso una condición, que únicamente los varones israelitas salieran al desierto para ir a dar culto a Jehová. Niños, mujeres y ancianos con sus pertenencias, se quedarían como rehenes en Egipto. Estaba más que claro que eso de servir a Jehová, era una bien tramada excusa para tomar las de villadiego, y el Faraón no estaba dispuesto a quedarse con un palmo de narices.

El rey egipcio no podía usar su libre albedrío porque una fuerza superior anulaba su capacidad de raciocinio. Una versión de la Biblia de Jerusalén dice exactamente que Yahbeh dijo a Moisés: “Ve al Faraón, porque he endurecido su corazón y el corazón de sus siervos, para obrar estas señales mías en medio de ellos; y para que puedas contar a tu hijo, y al hijo de tu hijo como me divertí con Egipto (una traducción en catalán dice me he burlado) y las señales que realicé entre ellos, y sepáis que yo soy Yahbeh”. (Ex. 10,1,2)

Al abuelo Tomás ya no le cupo duda alguna que Jehová mandó, para su deleite y solaz, la octava plaga. Las langostas, en increíble cantidad, cubrieron toda la superficie del país y devoraron lo poco que el granizo había dejado; no quedó nada verde, ni hierba, ni frutos en los árboles.

El Faraón, estúpidamente terco, inconsciente de su contumaz actitud e ignorando que era juguete de unos extraños designios, se-

guía sin atender la petición de Moisés. Pero Jehová disponía de más recursos para demostrar su habilidosa fuerza.

Cumpliendo ordenes, Moisés extendió su mano hacia el cielo y por arte de birlibirloque, en un santiamén, unas tinieblas tan espesas que podían palpase, por espacio de tres días sumieron al pueblo egipcio en negra noche. ¡Con la rabia que da quedarse a oscuras! y para colmo los israelitas no sufrieron el corte de luz.

Esta fue la nota que hizo salir de sus casillas al Faraón, estaba más que harto de tantas tretas, de manera que las cantó claras a Moisés amenazándole de muerte si volvía a mirarle la cara.

Jehová preparó cuidadosamente el último acto de la tragedia, anunciando la décima plaga. Recomendó a los israelitas que hicieran el equipaje, pidiendo prestados a sus vecinos objetos de oro y plata con el fin de expoliar al máximo al pueblo egipcio.

Les indicó, además, toda suerte de pormenores para celebrar la Pascua, decretando esta jornada fiesta para siempre. ¿Para conmemorar la masacre de los primogénitos egipcios, o la rendición del Faraón?

Era imprescindible matar “un cordero sin defecto”, de un año. Guardar la sangre y con un manojo de hisopo, untar los dos postes y el dintel de las casas. “Porque Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y los dos postes, pasará aquella puerta y no dejará que el ángel exterminador entre en vuestras casas”. (Ex 12,23)

El Faraón se rindió ante la muerte de su hijo y todos los primogénitos de Egipto, animales incluidos, y consintió que los israelitas salieran de sus tierras.

EL DECÁLOGO

El pueblo de Israel vivió extraordinarias aventuras en su largo viaje a la tierra prometida.

“Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche” (No aclara cuando dormían).

Presenciaron la definitiva derrota egipcia, “seiscientos carros y las caballerías con sus capitanes sobre ellos y todo el ejercito del Faraón, fueron cubiertos por las aguas del Mar Rojo”, en una estrate-

gia de Jehová que había abierto un camino, en seco, en medio del mar para que su pueblo pudiera cruzarlo.

Jehová alimentó a los israelitas por espacio de cuarenta años con el famoso maná, mientras deambulaban por el desierto. (La tierra prometida se hallaba un poco lejos).

Al tercer mes después de la salida de Egipto, llegaron los hijos de Israel al desierto de Sináí y acamparon frente al monte. Desde allí Jehová llamó a Moisés a fin de prepararle para un gran acontecimiento. Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos, el monte humeaba y retemblaba con violencia, llenando de pavor a todo el pueblo. Parece ser que en semejante escenario, la humanidad, recibió el decálogo.

El abuelo Tomás arrugó el entrecejo. La prohibición no puede ser más clara. “No te harás escultura ni imagen alguna, ni te inclinarás ante ellas ni las honrarás...” Este mandamiento la Iglesia lo transgrede de continuo, y no vale la excusa de que sólo veneran las imágenes; podemos leer con toda claridad en el texto “no te harás”. Hay que empezar por ahí.

Y a renglón seguido encontramos: “Soy un Dios celoso que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación...” ¡Ley injusta y arbitraria sería esa de castigar a los descendientes de un culpable! ¿Habrá crédulos que puedan tragar tamaña sinrazón?

El último mandamiento dice así; “No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo”. (Ex 20,17).

Es obvio que predominando el machismo más absoluto, no se advirtiera a la mujer que tampoco podía desear el marido de la vecina. Lo sorprendente de esta cita es la prohibición de no codiciar “ni el siervo, ni la sierva”. Ahí arraigó con fuerza, el permiso de comprar y vender seres humanos, convirtiéndose la esclavitud en un funesto derecho legal, una lacra que la Tierra arrastra desde hace milenios.

Ante tanto relámpago y sonido de trompeta los israelitas, temblando de miedo, se mantenían a distancia temiendo morir. Moisés les tranquilizó aclarando que todo aquello no era más que una prueba de poder y una invitación para que se abstuvieran de pecar. Hecha esta aclaración “se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios”.

¡Inconcebible! ¿Todavía habrá hoy, quien admita la existencia de un Dios antropomórfico morando en las tinieblas?

LAS OTRAS LEYES

El abuelo Tomás hizo un mohín. Sus dudas crecían por momentos. La lectura le provocaba una sensación parecida a la que experimentamos al contemplar una cesta de fruta sana, mezclada con piezas en mal estado. Del Exodo pasaba al Deuteronomio donde encontraba la repetición de leyes y exigencias.

Parece ser que el diálogo entre Jehová y Moisés no terminó con el decálogo, ¡que va! Según los autores “sagrados”, era algo casi tan fácil como llamar por teléfono.

Jehová se extendió en pormenorizar las otras leyes y apetencias propias. Pidió, en primer lugar, que le hicieran un altar de piedra para ofrecerle sobre él holocaustos y sacrificios. Este requisito parecía indispensable desde Caín y Abel.

A continuación se encuentran las leyes sobre los esclavos, las cuales recuerdan el drama cruel que vivieron los personajes de la obra “La cabaña del tío Tom”.

En el cumplimiento de estas leyes Jehová, se muestra más severo y exigente. La pena de muerte resulta moneda corriente. “El que ofreciere sacrificios a otros dioses será muerto”. “El que maldijere a su padre o su madre morirá”. “A la hechicera no dejaras que viva”. ¡Insensata recomendación! Miles de mujeres, acusadas de poseer espíritu de pitón, han muerto apedreadas o en la hoguera.

Moisés recibió instrucciones y formal promesa por parte de Jehová, llegado el momento de entrar en Canaán. “Mi ángel caminará delante de ti y te introducirá en el país de los amorreos, de los hititas, de los perizitas, de los cananeos, de los jivitas y de los jebuseos: y yo los exterminaré”. (Ex. 23,23). Esta acción no es, ni mucho menos, una prueba de amor paternal.

Jehová pidió a los israelitas “un santuario para habitar en medio de ello”. Y empezó a describir el diseño del tabernáculo y sus componentes, oro, plata, bronce, púrpura... El candelabro de oro puro, tapices de lino fino y los impresionantes ornamentos sacerdotales. Aarón, necesitaba “vestiduras sagradas para que le dieran majestad y esplendor” bordadas de oro, púrpura violeta y escarlata, carmesí y lino fino torzal. El efod, el pectoral, el manto, la diadema, la tiara y la faja con brocado, eran piezas indispensables para ejercer el sacerdocio.

Moisés recibió las fórmulas para elaborar el óleo de la unción y el incienso sagrado, bajo pena de que “cualquiera que prepare otro semejante para aspirar su fragancia, será exterminado de en medio de su pueblo”.

Permaneció Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches escuchando las órdenes de Jehová. Los israelitas se cansaron de tanta tardanza y Aarón, cuya fe no tenía nada de ejemplar, accedió que su pueblo se hiciera un becerro de oro fundido para adorarlo.

Jehová, desilusionado, se dio cuenta entonces que “este pueblo es de dura cerviz. Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore...” Moisés se alarmó y trató de aplacar a su Dios invitándole a la calma y a la reflexión. ¿Qué dirían los egipcios de tal proceder?, y rogó: “Abandona el ardor de tu cólera y renuncia a lanzar el mal contra tu pueblo”, dice una versión, y otra: “Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo”. (Ex 32,12).

Viendo Moisés que Jehová, arrepentido, “renunció a lanzar el mal con que había amenazado a su pueblo”, bajó del monte “con las dos tablas del testimonio, escritas por ambos lados. Las tablas eran obra de Dios, y la escritura grabada sobre las mismas, era escritura de Dios”. Poco duró este legado porque cuando su portador llegó cerca del campamento y vio el becerro y las danzas, fue presa de ardorosa ira y arrojando de su mano las tablas, las hizo añicos al pie del monte. Este arrebato le costó pasar junto a Jehová otros cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua, escribiendo él mismo, en unas nuevas tablas, los diez mandamientos.

El abuelo Tomás pensó, muy seriamente, que la palabra de Dios, necesitaba un nuevo redactado, que no destacara con tan clara profusión unas limitaciones y contrasentidos, que en modo alguno pueden ser atribuidos a la Divinidad.

LEVÍTICO

Hasta el cansancio insistía Jehová en la observación del ritual de los sacrificios que más le complacían. Toros, corderos o pichones debían ser inmolados sobre el altar, y les recordaba: “Un holocausto es un manjar abrasado de calmante aroma para Jehová”. La expiación es el sacrificio por el cual el hombre que ha ofendido a Dios, puede recobrar la gracia. Ofender es dañar y las imperfecciones de una simple molécula, no es posible que sean motivo de ofensa para el Todo. El abuelo Tomás se preguntó, además, si se puede reparar un desaguisado, asando un cabrito en una barbacoa y llenando el ambiente con el peculiar olorcillo.

Sorprende el contenido del Pentateuco por la falta de coherencia y proporción entre leyes, prohibiciones y castigos. “No te vengarás

ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. “El hombre o la mujer en que haya espíritu de nigromante o adivino, morirá sin remedio: los lapidarán”. “Si la hija de un sacerdote prostituyéndose se profana, a su padre profana: será quemada”.

El capítulo 12 habla de la purificación de la parturienta con una clara discriminación hacia el sexo femenino. “Cuando una mujer conciba y tenga un hijo varón, quedará impura durante siete días. Mas si da a luz una niña, durante dos semanas será impura”. La madre tenía que presentar al sacerdote un cordero de un año como holocausto y un pichón o una tórtola como sacrificio por el pecado.

Curiosas son las exigencias de Jehová con respecto a las perfecciones de los sacerdotes “pues son ellos los que presentan los manjares que se han de abrasar para alimento de su Dios”. Los defectos corporales eran serios impedimentos para ejercer el sacerdocio. “Ni ciego o cojo, ni que tenga la nariz aplastada, ni las orejas deformadas, ni una pierna o brazo rotos, ni uno que sea jorobado o raquíptico o que sufra enfermedad de ojos, ni el que padezca sarna o tiña, ni el que tenga testículo magullado”. Así que eunucos, abstenerse.

El abuelo Tomás pensó que la condición de castrado, lejos de ser un obstáculo, debía entenderse como una extraordinaria facilidad para cumplir con el actual voto de castidad. ¿Y qué podrían significar tales defectos físicos frente a un proceder ejemplar de amor y dedicación hacia el prójimo?.

Los israelitas estaban obligados a cuidar las buenas maneras. La blasfemia es siempre malsonante. Normalmente es una explosión de impotencia o desagrado, provocada por una contrariedad que lastima o dificulta el diario vivir. Quejarse ante una situación difícil, maldiciendo a Dios, no mejora las cosas, cierto, pero en los tiempos mosaicos al blasfemo no se le concedía el derecho de enmienda. “Quien blasfeme el nombre de Jehová, ha de ser muerto; toda la comunidad lo apedreará”. Un desdichado mandato que refleja ser la antítesis del amor que debemos al prójimo.

Casi al final del Levítico, nos podemos enterar de que Jehová anunció a su pueblo un sin fin de prósperas bendiciones. Les infundió completa seguridad. “Perseguiréis a vuestros enemigos, que caerán ante vosotros a filo de espada”.

Eso sí, a cambio de cumplir sus preceptos sin chistar, porque de lo contrario ya podían empezar a temblar. “Traeré sobre vosotros el terror, la tisis y la fiebre, que os abrasen los ojos y os consuman el

alma". "Quebrantaré vuestra orgullosa fuerza... pues vuestra tierra no dará sus productos ni el árbol del campo sus frutos". "Sí aún con esto no os corregís, yo enviaré la peste en medio de vosotros". "...yo me enfrentaré a vosotros con ira. Reduciré vuestras ciudades a ruina y devastaré vuestros santuarios".

El abuelo Tomás se levantó y dio unos pasos por la habitación. Aquella lectura le producía problemas de digestión.

NÚMEROS Y DEUTERONOMIO

Lamentablemente el contenido de los textos no mejora en el libro de los Números. Jehová, Moisés y Aarón seguían manteniendo estrecho diálogo. En ocasiones, los dos hermanos se veían obligados a suplicarle clemencia, invitándole a que considerara los acontecimientos y depusiera su cólera. "Dios", celoso de su querido pueblo, lo salvaguardaba de cualquier tropiezo, mientras fuera fiel a sus preceptos. Su fuerza invencible arrasaba a comunidades enteras y el caudillo hebreo, mediante tan arbitraria ayuda, acumuló grandes victorias. Victorias que significaron la muerte, el saqueo y la esclavitud para mujeres y niños de los territorios invadidos. Las tropas israelitas continuaron conquistando tierras e incendiando ciudades, sembrando el terror bajo el beneplácito y la ayuda de Jehová. Este no solo autorizaba, sino que ordenaba, las guerras santas contra los pueblos que hallaran a su paso, reservándose para sí, una parte del botín. Oro, joyas y ganado que, como es lógico, administraban Moisés y el sacerdote Eleazar. Almacenar tesoros para Dios, siempre ha sido un próspero negocio.

En el Deuteronomio, Moisés en sendos discursos, recordó a los israelitas toda la larga andadura desde la salida de Egipto. "Las cosas grandes y terribles que Jehová hizo a los ojos de su pueblo elegido". Los mandamientos, la conquista y exterminio de los reinos de Sijón y Og...

Hasta el cansancio insistió en la observancia de todas las leyes prescritas por Jehová con la sana intención de "hacer desaparecer el mal de Israel". "Los que adoren a otros dioses han de morir apedreados". Resalta que abomina del pecado: "Todo hombre que muera en un patíbulo es maldito de Dios". "Un bastardo no será admitido en la comunidad del Señor, ni sus descendientes". Con exagerado pudor ordena: "Si un hombre está peleándose con su hermano, y la mujer de uno de ellos se acerca y, para librar a su marido de los golpes del

otro, alarga la mano y agarra a éste por sus partes, tú le cortarás a ella la mano sin piedad”.

Los israelitas no debían olvidar que eran un pueblo elegido y Jehová les mandaría toda suerte de bendiciones. Larga estancia en la Tierra, la lluvia a su tiempo, para obtener el mejor producto del suelo, graneros repletos, ganado fértil. “A los enemigos que se levanten contra ti, Jehová los pondrá en derrota”.

Pero lo que él no podría soportar es que Israel adorara a otros dioses. Nada de ingratitudes, y amenazó que castigaría su infidelidad “con todo el ardor de su indignación” enviándole cruentas maldiciones, convertidas en tangibles realidades. Una extensa retahíla de sufrimientos sin fin, físicos y morales. “Y sucederá que lo mismo que Jehová se complacía en haceros favor y multiplicaros, así se gozará en perderos y destruíros”. (Dt. 28,63)

Esta es la carta de presentación del Dios del Pentateuco, el mismo que, según dicen, Moisés vio cara a cara.

Un dios que gusta de sacrificios y del olor de la carne asada. Que siente predilección por un pueblo, discriminando al resto de mortales. Que crea a los humanos débiles e imperfectos y no soporta sus yerros. Un dios que se enfurece y entra en cólera ante nuestros devaneos y se arrepiente de habernos creado. Un dios tan pequeño y vulnerable que podemos llegar a ofenderle como a cualquier hijo de vecino. Un dios, en suma, adornado por todas y cada una de las más comunes imperfecciones del género humano.

La superficialidad de este dios, es la prueba más irrefutable de que él es una mera creación de la pobre mente humana, incapaz de concebir, en aquella época, la existencia de un ser perfecto.

SUMA Y SIGUE

El aire, entre burlón y divertido, que animaba el rostro del abuelo Tomás, se trocó en una mueca de disgusto. Calculó que debía ser muy elevado el número de ateos, escépticos e indiferentes, que la lectura del Pentateuco ha generado. ¡Cuántas sonrisas de conmisericordia habrá despertado hacia quienes aceptan como Palabra de Dios, tales textos!.

Se puede deducir, sin temor al equívoco, que Moisés para sujetar y hacer entrar en vereda a su pueblo, les dictó un sin fin de durísimas leyes, asegurándoles que era el mismo Dios, quien las ordenaba.

El análisis del conjunto de esas leyes ofrece una idea suficientemente fidedigna de su legislador. Se evidencian desproporciones enormes entre culpa y castigo, signo irrecusable de falta de equilibrio en la balanza de una recta justicia. A menudo el juez, ofendido, cegado por la ira, desata su cólera sin medida, lanzando amenazas y sanciones de cuño puramente humano.

Es evidente que hace milenios los mortales, en su pequeñez, atribuyeron a los dioses de su creación, los propios defectos aumentados hasta límites indecibles: mayor fuerza y poder, mayor orgullo, mayor crueldad...

Es de suponer que Moisés aparte del legado moral egipcio, que aún hoy nos brinda “El libro de los muertos” y que él conocía por haber crecido en la corte faraónica, recibió además, cierta inspiración espiritual para establecer unas normas que su pueblo necesitaba; pero es poco prudente aceptar que el contenido del Pentateuco es de origen divino. Su lectura no avala tal procedencia.

El abuelo Tomás cerró el libro y salió al jardín. Era la hora de su paseo. El sol tibio y confortante bañaba aquella mañana de finales de marzo. Estaba satisfecho de haber consentido que le asaltaran numerosas dudas acerca de los relatos “sagrados”. Sí, la duda reporta grandes beneficios, si impulsa a esclarecer hechos o conceptos confusos. La duda que indaga con severo análisis, diversos puntos de referencia sobre cualquier doctrina, siempre acaba señalando el grado de solidez en que descansan sus cimientos.

El estudio de la ley de Reencarnación nos demuestra que la evolución espiritual de los habitantes de un planeta como la Tierra, es sumamente lenta. Es preciso superar numerosos escollos, vencer arraigados defectos y pulir sentimientos, y esa andadura es obra de siglos. El desconocimiento de esta ley natural y divina es el principal obstáculo para el progreso de los seres humanos. Revestidos de la tosca envoltura corporal nos resulta difícil admitir formas de vida más sutiles, fuera del cuerpo.

Tomás reconoce que el Vaticano con sus disposiciones, le mantiene en permanente estado de alerta. Hace una semana que el documento de Juan Pablo II, el “mea culpa” destinado a pedir disculpas por las atrocidades cometidas por los “hijos de la Iglesia” a lo largo de dos milenios, le suscitó nuevos recelos. De vez en cuando el Vaticano decide limpiar un poco la mugre acumulada en su imagen. Lo hace con visión de futuro, con el reproche de conservadores y el beneplácito de aperturistas. Esta vez la cosa se ha desbordado, ha ido muy

lejos. Es justo reconocer que se necesita una buena dosis de valor y humildad para entonar en público, un “mea culpa” de tales dimensiones. Ese “nunca más” expresado por el pontífice al final de la ceremonia expiatoria, puede ser un signo de garantía, al menos, por si en el futuro, un pueblo cae bajo el yugo de un dictador, la Iglesia no sucumba, como en sus buenos tiempos, a la tentación del poder terreno.

El abuelo se pregunta si la Iglesia pretende que vayan emparejados la petición de perdón y el olvido de sus desmanes. Algo improbable porque la historia, irremisiblemente, seguirá recordándolo y si la Tierra no lo tuviera presente cometería un craso error; equivaldría a rechazar el prudente consejo de la experiencia y correr el riesgo de tropezar, de nuevo, con la misma piedra.

Los cardenales Roger Etchegaray y Joseph Ratzinger expresaron que la Iglesia no se “autoflagelará al pedir perdón por sus errores”, con lo que demuestra una candidez difícilmente superable si piensa que puede aspirar a una medalla por buen comportamiento.

El documento del Vaticano subraya que “la Iglesia no puede pecar, sino que son sus hijos quienes cometen errores”. ¡Vaya descubrimiento! El nombre de una institución en sí no puede equivocarse porque es algo inerte; son los componentes que se aglutinan en torno a ese nombre quienes la sostienen y la convierten en una entidad. ¿Existiría un ejército sin un general y la correspondiente tropa? Este galimatías no es más que un juego de palabras para enmascarar la cruda realidad. Pedir disculpas es admitir el error, y este acto, automáticamente, hace trizas, pulveriza, nada menos que la infalibilidad papal. Así de llano, no cabe aquí mayor aseveración, toda vez que no han sido los benjamines de la Iglesia los promotores de los más increíbles atropellos, sino los Papas. Sucesivamente, la cabeza visible de la Iglesia, ha sido quien ha convocado 20 concilios hasta hoy y, a partir del de Nicea en el año 325, la mayoría de ellos han servido para condenar algún colectivo como el arrianismo, los macedonios, nestorianos, monofisitas, monotelitas, etc. Sin duda tantos siglos de brutal violencia, confirman la total ausencia de inspiración divina y el silencio más absoluto por parte del Espíritu Santo, hacia aquellos pontífices que, dominados por relevantes debilidades humanas, no fueron capaces de conseguir que la barca de San Pedro, recargada de innecesario bagaje, no zozobrara antes de llegar a puerto seguro. Lo triste de esta historia es que a los auténticos culpables, no les pueda alcanzar perdón alguno. Los fanáticos no tienen capacidad de discernimiento y amparados por aquello de que “el fin

justifica los medios”, lo más probable es que mantuvieran sus convicciones hasta la hora de su muerte, sin arrepentirse un ápice de su proceder. Por la frialdad de sus actos podemos deducir que tal vez no creyeran en la existencia de Dios ni que sus faltas pudieran reportarles unas consecuencias, de modo que, según sostiene la Iglesia, irían a tostarse, sin remisión, en el averno por los siglos de los siglos. Cierto que durante el verano de 1999 Wojtyla refrigeró el infierno apagando de un soplo las malditas llamas, pero la irrevocable condena sigue en pie. Ahora consiste en la separación definitiva de Dios, puesto que el pecador, en virtud de su libre albedrío, no se arrepintió a su debido tiempo. No vale presentar recurso alegando que nos crearon imperfectos.

El abuelo Tomás frunció el ceño, contrariado. El papado ha “olvidado” excusarse por haber anatematizado, en el año 553, la doctrina de la Reencarnación en el segundo Concilio de Constantinopla. Si la falta de entonces es gravísima, la omisión de ahora no lo es menos, porque impidiendo el conocimiento de tan importante ley, obstaculiza el proceso de progreso espiritual del género humano. Sin embargo la paciente labor de la evolución genera cambios en la humanidad y los hombres de la Iglesia no podrán sustraerse a la fuerza poderosa de este avance.

A parte del incalculable testimonio de quienes han visto y recibido mensajes de deudos y amigos que traspasaron a la vida espiritual, es indispensable recurrir a las palabras de Cristo, quien reiteradamente nos dice que Dios es Padre.

Los desventurados progenitores que pierden un hijo, gimen en medio de un dolor hecho de quejas, de rebeldía, de preguntas sin respuesta, de la desolación que nace del vacío y la impotencia, y sienten que el silencio y la añoranza les ahoga. ¿Qué padre o madre puede desear la muerte de su hijo? ¿Por qué, pues, siendo Dios nuestro padre, hemos de creer que no sobrevivimos a la muerte del cuerpo? Y si somos inmortales, ¿cual es nuestro destino?

Los niños que mueren al nacer o en temprana edad, sin haber tenido ocasión de desarrollar sus facultades intelectuales, ¿carecen eternamente de conocimientos? ¿qué situación les corresponde vivir si no se les ha permitido obrar ni bien ni mal?

Despertemos y no temamos, la Soberana Justicia gobierna toda esencia de vida.

BLOC DE NOTAS

Era la hora de la siesta y el abuelo Tomás dormía plácidamente. Sobre su escritorio descansaban un diccionario, la Biblia, el libro “El cielo y el infierno” de Allan Kardec, una lupa y su bloc de notas. En él había escrito:

Dios es el Todo. Su presencia se hace visible, desde la más pequeña planta hasta las miríadas de estrellas que pueblan el universo.

Dios es perfecto e infinito en todos sus atributos. Si no fuera perfecto significaría que otro ser podría superarle, y dejaría de ser Dios. No se concibe que pueda evolucionar, porque ello sería la negación de su perfección.

La Creación es hija de un solícito Amor paterno que, en su sabiduría, no hace nada destinado a desaparecer y sin un fin útil. Dentro de la vida no cabe la muerte.

Las leyes divinas son inamovibles, si estuvieran sujetas a cambios, se alteraría el orden y equilibrio de su Justicia.

Las patentes diferencias entre los humanos, en inteligencia, salud o condición social, revelan que estamos inmersos en distintas etapas evolutivas.

Hemos sido creados sencillos e ignorantes a fin de conseguir por el propio esfuerzo, a través de múltiples encarnaciones, el desarrollo espiritual. Este es nuestro destino.

El proceso que transforma un débil feto en el futuro hombre o mujer, nos asombraría si lo desconociéramos. ¿Por qué ha de admirarnos menos que evolucionemos espiritualmente?.

Nicodemo escuchó estas palabras de Jesús: “No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer otra vez” (Jn 3.7) y más adelante confirma: “¿No está escrito en vuestra ley: yo dije, dioses sois?”. (Jn 10,34)

La ley de Reencarnación es la balanza que nos permite equilibrar los desajustes del pasado, los desórdenes nacidos de nuestra inferioridad.

Por horrendos que fueran nuestros crímenes, un castigo eterno nunca guardaría justa proporción con las faltas cometidas.

Si múltiples son los equívocos, múltiples han de ser las ocasiones para repararlos.

Las vidas sucesivas son la cadena solidaria para conseguir el reajuste de nuestro orden interno.

Una labor de crecimiento espiritual no se interrumpe tras la muerte física. Cada encarnación nos proporciona una nueva oportunidad para desarrollar comportamientos, a través de elementos adecuados, más de acuerdo con la ley de fraternidad.

El remordimiento sincero nos traza el camino de la enmienda. Las tinieblas nos obligan a buscar la luz.

El orgullo nos impide ver las grandes gestas de los seres humildes. Es muy fácil señalar los defectos ajenos, lo difícil es admitir los propios. Cuando reconocemos nuestra pequeñez, empezamos a crecer.

La ceguera espiritual de la humanidad, sanará cuando descubra que habitamos un planeta de expiación y prueba, acorde con nuestro grado evolutivo y que nos aguardan mundos superiores.

¡Gracias, Dios mío, por haberme concedido la vida! ¡Gracias, por dotar a todo espíritu con moléculas de Luz, Amor y Eternidad!

M. Dolors Figueras
Igualada, 31 de marzo de 2000

REFLEXIONES PARA ORIENTAR A LOS ESPÍRITUS

Rogamos al Padre y al Maestro Jesús que nos envíen Guías de Luz y Amor para protegernos y servirnos de barrera a fin de que ninguna preocupación terrena pueda impedir que nuestro pensamiento lleve a cabo el trabajo de Amor espiritual hacia los espíritus desencarnados necesitados de orientación para que puedan reconocer su verdadero estado.

Hermanos y hermanas que a nuestro lado estáis, escuchad nuestra llamada y medita estas palabras que a vosotros van dirigidas. Hermanos todos, ya no vivís en la tierra, vuestro cuerpo sin vida quedó en ella, pero continuáis viviendo porque la auténtica vida pertenece al espíritu que es la parte inmortal, de la persona. Tocaos, palpaos y os daréis cuenta de que sois fluídicos, vuestros sufrimientos físicos terminaron con la vida del cuerpo, pero han continuado impresos en vuestro periespíritu por la ley de Causa y Efecto. Queremos decir con ello que existe la Ley de Reencarnación por la cual vivimos en la tierra tantas existencias como nos sean precisas para conseguir el progreso necesario que nos proporcionará la dicha Entera.

Atended la voz de vuestros Guías, están frente a vosotros, os llaman para conducirnos a regiones de Paz donde vosotros podréis adquirir las energías necesarias para continuar vuestro proceso evolutivo en pos de la obtención del conocimiento del Amor y Sabiduría Cósmica. Nada temáis porque el Amor y la Justicia de nuestro Creador son infinitos y ningún castigo eterno os espera por vuestros equívocos. No recogeréis más de lo que habéis sembrado. Dejad libre vuestra mente de ideas y prejuicios. Id hacia la luz y que ella os acompañe para siempre.

Pedimos al Padre que su Amor infunda a todos los hombres de este planeta bondad y certeza en sus acciones, para que se convierta en una morada de Paz y Armonía. También lo pedimos al hermano Jesús, a los espíritus Elevados y a nuestros Guías para que el peregrinar por este mundo nos sea mas llevadero y nuestro trabajo de el fruto apetecido.

REFLEXIONS PER ORIENTAR ALS ESPERITS

Preguem al Pare i al Mestre Jesús que ens enviïn Guies de Llum i Amor per protegir-nos i servir-nos de barrera a fi que cap preocupació terrenal pugui impedir que el nostre pensament dugui a terme el treball d'Amor espiritual cap als esperits desencarnats necessitats d'orientació, perquè puguin reconèixer el seu vertader estat.

Germans i germanes que en el nostre costat sou, escolteu la nostra crida i mediteu aquestes paraules que a vosaltres van dirigides. Germans tots, ja no viviu a la terra, el vostre cos sense vida va quedar a ella, però continueu vivint, perquè l'autèntica vida pertany a l'esperit que és la part immortal de la persona.

Toqueu-vos, palpeu-vos i us adonareu que sou fluídics, els vostres sofriments físics van acabar amb la vida del cos, però han continuat impresos en el vostre periesperit per la llei de Causa i Efecte. Volem dir amb això que existeix la Llei de Reencarnació per la qual vivim a la Terra tantes existències com ens siguin precisades per aconseguir el progrés necessari que ens proporcionarà la felicitat eterna.

Ateneu la veu dels vostres Guies, estan davant vostre, us criden per conduir-vos a regions de Pau on vosaltres podreu adquirir les energies necessàries per continuar el vostre procés evolutiu, darrere l'obtenció del coneixement de l'Amor i Saviesa Còsmica. Gens no temeu, perquè l'Amor i la Justícia del nostre Creador són infinits i cap càstig etern us espera pels vostres equívocs. No en recollireu més del que heu sembrat. Deixeu lliure la vostra ment d'idees i prejudicis. Aneu cap a la Llum i que ella us acompanyi per sempre.

Demanem al Pare que el seu Amor infongui a tots els homes d'aquest planeta bondat i certesa a les seves accions, perquè es converteixi en una casa de Pau i Harmonia. També ho demanem al germà Jesús, als esperits Elevats i als nostres Guies, per que el peregrinar per aquest món ens sigui més suportable i el nostre treball doni el fruit desitjat.

Ejemplar de distribuci3n gratuita

Centre de Divulgaci3n Esp3rita
AMOR i PAU
C. Mariano Cuiner, 5 - IGUALADA
